

XVII

El puñal de los Médicis.

La primera persona que vieron los magistrados y su escolta, al llegar al palacio de la duquesa, fué á M. Godet, que no sospechaba nada del drama de Bourges.

El confidente de la señora de Maillepré estaba de muy mal humor á causa de la intrusión de Roland Beroult en la familia por su matrimonio con Blanca.

La proximidad de este odioso enlace, señalado para aquel mismo día, aumentaba su disgusto, y para distraerse fué á dar un paseo á caballo.

Al divisar á la comitiva, espoleó su cabalgadura, llegando detrás de los magistrados, á los que saludó cortesmente, estrechando la mano de su amigo Dubronier.

—¿A qué debemos el placer de veros?—le preguntó.

—¿No sabéis nada?—dijo el procurador admirado.

—¿Qué queréis que sepa?

—Lo que sucede, amigo mío.

—¿Pero qué sucede?

—¡Cosas de una gravedad!...

—¡Extraordinaria!—añadió solemnemente Tabouret.

—¿Cuales?

—Esta noche han intentado asesinar á M. de Serigné.

—¡Bah!—dijo el anciano sin expresar mucha emoción.—¿Y cómo?

—De una puñalada—contestó el juez de de instrucción, escudriñando en la mirada y en el aspecto del honrado M. Godet.

—¡Es muy extraordinario!

—Así es.

—Habrà sido alguna venganza—dijo M. Godet,—el desquite de algún pobre diablo á quien habrá perseguido...

Tal vez iba á añadir:

—Y á fé mia, que ha hecho bien.

Pero M. Tabouret, con el propósito de producir su efecto, enseñó de pronto al anciano el puñal diciéndole:

—¿Conoceis esto?

—¿Cómo si lo conozco?—dijo Godet frunciendo las cejas.—No solo lo reconozco, sino que lo reivindico como propiedad mia.

—¿Declarais que os pertenece?

—Seguramente: y podeis creer que me ha costado bastante.

—Pues bien; esta es el arma con que ha sido herido el prefecto.

—No tenía ninguna simpatía por ese jacobino, pero no podía suponer que me acusáseis de ser el asesino.

Al decir esto, entregó las riendas del caballo á un palafrenero y trató de apoderarse de su precioso puñal; pero Tabouret lo entregó al comisario, diciendo:

—Es una pieza de convicción y pertenece por ahora á la justicia. Mas tarde veremos Ahora tenemos que interrogaros.

—¿A mí?

—Sin duda, á vos. Debemos buscar la verdad por todos los medios y teneis obligación de ayudarnos.

—Entremos, —dijo el anciano inclinándose.

Inútil es decir que la presencia de la justicia puso toda la casa en movimiento: á los dos minutos nadie ignoraba la noticia de que no había boda, porque el prefecto estaba muerto ó agonizando.

Al ver al procurador y al juez, Pedro de Meillant cogió las manos de Margarita, diciéndole vivamente emocionado:

—Ha llegado el instante crítico, y necesitais resolución. ¿La teneis?

—Sí.

—Juradme no abandonaros y defenderos diciendo la verdad, nada más que la verdad.

—Lo juro.

—Que resistireis á todas las amenazas, que no hareis nada sin consultarme.

—Sí,—dijo la joven.

—No recurrir á otro defensor,..

—Si vos quereis serlo...

—Yo os salvaré: os lo prometo. ¿Creeis que os salvaré?

Y al preguntar esto, procuraba penetrar con la mirada hasta el fondo de la conciencia de la joven.

—Sí,—murmuró ésta, como si la esperanza hubiera entrado en su corazón con la mirada del conde.

—Ahora, ni una palabra más. ¡No temais, yo vigilaré!

El procurador, el juez y su acompaña-

miento se habian posesionado del salón.

El escribano extendió sus papeles sobre la magnífica mesa en donde el día antes se había firmado el contrato de boda de M. de Serigné con Blanca Carol.

M. Tabouret, encantado, como se dice vulgarmente, por tener bajo su jurisdicción personajes tan importantes como los habitantes de Maillepré, se había apoderado de M. Godet y lo sometía á un interrogatorio.

—¿Vuestros nombres...? —le preguntó, añadiendo, por condescendencia especial: «si tenéis la bondad?»

—Ricardo Godet.

—¿Edad?

—Setenta y seis años.

—¿Vuestra profesión?

—Rentista.

El excelente anciano se preguntaba si aquello iba á durar mucho, cuando el procurador intervino diciéndole:

—¿No sabéis nada?

—Nada absolutamente. No sé más sino que ayer advertí la desaparición de ese pañal, que tengo en gran estima.

—¿Quién lo tomó?

—No tengo la menor idea de quién haya podido ser.

—¿Conocéis este pañuelo?

M. Godet lo examinó ligeramente y se estremeció al ver las iniciales bordadas en él: aquel pañuelo no podía ser más que de María Magdalena, su protegida, á la que amaba con ternura verdaderamente paternal.

—Yo no sé nada—dijo.

En este instante se abrió la puerta del salón y entró Pedro de Meillant seguido de la supuesta María Magdalena y de la duquesa, que acababa de dejar á Blanca, trastornada por la noticia que había impresionado á todos los habitantes de Maillepré.

M. Godet se levantó, y dirigiéndose á la duquesa la dijo en voz baja:

—¿Y vuestra hija?

—Se halla menos abatida de lo que pensé. Susana está con ella.

—¿Sabeis lo que sucede?

—Sí.

—¿Sabeis quién ha herido á ese hombre?

—Sí, lo sé: ¡mirad!...

M. Godet vió á Margarita aproximarse á los magistrados y la oyó decirles:

—Señores, no os molestéis buscando al culpable; soy yo.

—¿Vos?

M. Godet intentó avanzar hasta ella y taparle la boca; pero Pedro le contuvo con un gesto enérgico, diciendo á la vez:

—Dejadla que se explique.

M. Tabouret se volvió hacia los agentes; pero la joven movió desdeñosamente la cabeza, comprendiendo esta orden muda:

—No temais—dijo;—no trataré siquiera de huir. Si hubiese querido escapar á vuestra acción, no hubiera dejado esos objetos en vuestras manos, ese puñal que de me he servido, ese pañuelo con el que me he limpiado la sangre. Ese hombre me había robado, envilecido, haciéndome abandonar

el honrado nombre de mi padre, mancillado indignamente: me he vengado... y he vengado á otros conmigo.

—¿Tenéis cómplices?—preguntó el procurador con amabilidad.

—Ninguno: nadie conocía mi propósito.

—¿Cómo os llamáis?

—Margarita Souvray—dijo levantando la cabeza,—hija del coronel Souvray, caballero de la Legión de Honor, fallecido hace dieciocho meses en Serigné, cerca de Tours.

—Pero entonces—balbució M. Godet interrogando á Pedro de Meillant—esta no es María... la hija del...

—Ya os lo explicaré todo—dijo el conde estrechando la mano del viejo.—No la condenéis, porque es el corazón más noble que he conocido.

Al mismo tiempo entregó á la señora de Maillepré, aturdida por esta revelación, la carta que Margarita había escrito la víspera.

La duquesa la leyó rápidamente y la entregó á M. Godet, que la leyó á su vez, verdaderamente emocionado.

—¿De modo... que confesáis?—preguntó de nuevo M. Tabouret.

—Todo—respondió Margarita.

—¿Habéis premeditado el crimen?

—Sí.

—Señores—dijo el juez levantándose,—nuestra misión ha terminado y queda extraordinariamente simplificada.

Dirigiéndose á los agentes, les dijo:

—Prended á esa mujer.

El procurador se sintió hondamente conmovido ante aquella hermosa joven de rasgos tan puros, de semblante franco y abierto, y le dijo:

—¿Tenéis que decir algo á las personas á quienes vais á abandonar?

Margarita hizo una inclinación de cabeza.

—Decidles lo que queráis.

La joven se dirigió hacia la duquesa, diciéndole en voz baja:

—Perdón, señora, por haberos engañado.

Fué á arrodillarse; pero la señora de Maillepré la recibió en sus brazos, diciéndole:

—Estais perdonada. Defendéos, y nosotros os salvaremos.

Era un espectáculo verdaderamente extraño el de aquella joven acusada de un crimen, confesándose culpable, y que en el momento de caer en manos de la justicia se encontraba rodeada por una familia poderosa y colmada por todas partes de testimonios de amistad y estimación.

M. Godet, sin saber por qué, la encontraba heroica, faltándole poco para ponerla al nivel de Carlota Corday. Unicamente la señora de Lignerres se mantenía reservada, desdeñosa, agitada por sentimientos contrarios, sobre los que dominaba el temor por su hijo, aun no bien curado de su pasión; sorprendida también por la invasión de la justicia en aquella casa, turbando su paz, á consecuencia de un crimen, cuyo fin y causas no acababa de comprender. Estaba verdaderamente disgustada de lo que sucedía; pero en medio de todo, hubiera deseado me-

nos miramientos y más severidad hacia aquella criminal, á quien su hijo Roger, no atreviéndose á acercarse á ella, contemplaba con aire compasivo: le irritaba el enternecimiento que revelaban las fisonomías de casi todos los presentes.

Felizmente, M. de Tabouret estaba sobre aviso, y éste fué el único á quien la marquesa de Lignerres encontró á la altura de sus funciones. El juez no ocultaba al procurador, con el que por otra parte no se atrevía á romper, á causa de las excelentes comidas de la casa Dubronier, que le admiraba su excesiva indulgencia. De nuevo intimó la orden á los agentes, que se acercaron á Margarita. Esta, cambiando una mirada con Pedro de Meillant, se dispuso á seguir á sus guardianes.

Roger de Lignerres la esperaba en la terraza, extinguidos ya sus celos; pues si Margarita había herido á aquel rival á quien el marqués odiaba instintivamente, era prueba de que no le amaba. Era lo único que le importaba en aquel asunto, en todo lo demás lleno de oscuridades para él.

—¡Señorita!—murmuró con voz suplicante, cuando pasó ella por su lado.

—Ya veis que os habían engañado—le dijo ella dirigiéndole una mirada llena de reproches.

Y con acento de amargura añadió de una manera que cerraba la puerta á toda esperanza:

—Adiós... para siempre.

Un momento después los carruajes toma-

ban el camino de Bourges al trote de los caballos.

En el primero, M. Tabouret decía al procurador:

—¡Qué asunto! ¿eh?

—¡Oh, hay que esperar!... ¡Ya veremos!— contestó M. Dubronier.

En el segundo carruaje, Margarita Souvray, entre los dos agentes, con las esposas en sus delicadas manos, la cabeza inclinada sobre el pecho, bajo el ojo vigilante de sus guardianes, abandonaba tristemente el magnífico palacio de Maillepré, último asilo de donde la arrancaba el genio del mal, y que iba á cambiar por una triste celda de cárcel.

XVIII

El testamento.

No habría la comitiva judicial recorrido la mitad del camino de Maillepré á Bourges, cuando se detuvo otro coche á la puerta del palacio.

En aquel momento, M. Godet, Pedro de Meillant y la duquesa, acababan de tener una entrevista, por lo que se vió, muy tranquilizadora para el anciano y para la señora de Maillepré, pues sus semblantes aparecían serenos.

M. Godet se disponía á marcharse con la agilidad de un hombre á quien acaban de quitar cien kilogramos de peso de las espaldas; para producir este resultado fueron suficientes algunas palabras de Pedro de Mei-

llant. La duquesa, por su parte, se disponía á volver al lado de Blanca Carol, retirada en su habitación, cuando entró un criado llevando una tarjeta en una bandeja de plata.

M. Godet se apoderó inmediatamente de ella y leyó en alta voz:

«M. Champier, notario, calle de Richelieu.»

—Hacedle pasar—dijo M. Godet.

¿A qué iba á Maillepré este notario, á quien ninguno conocía personalmente? Monsieur Godet revelaba gran curiosidad, el conde parecía adivinar el objeto de aquella visita: la duquesa, presa de grandes inquietudes, se dejaba dirigir como una niña por su viejo amigo y por su pariente.

El misterio se iba aclarar en seguida.

M. Champier era uno de los notarios más reputados y más ricos de París; uno de esos hombres que honran una carrera y ejercen como un sacerdocio su profesión, que les hace depositarios, lo mismo que á los confesores, de secretos de que dependen la honra y la fortuna de las familias.

Al entrar saludó á la duquesa, diciéndole:

—Vengo á cumplir una misión delicada de que estoy encargado hace tiempo—veintin años próximamente—por uno de mis mejores clientes. ¿Puedo hablar delante de estos señores?

La señora de Maillepré hizo una inclinación y dijo:

—M. Godet es mi mejor amigo: el conde de Meillant es mi sobrino, á quien considero como hijo, y no quiero tener secretos para ellos.

Al decir esto invitó á sentarse al notario, el cual siguió diciendo:

—Tenéis á vuestra lado, señora duquesa, una niña á la que profesais gran afecto.

—¿Blanca Carol?

—Ese es su nombre, efectivamente. ¿Esta joven debía casarse hoy mismo, si no me equivoco?

—Es exacto.

—No he tenido noticia de este matrimonio hasta ayer por los periódicos, de otro modo os hubiera hecho ántes la notificación que hoy vengo á haceros. ¿Esta joven debía contraer matrimonio con M. de Serigné, prefecto del Cher?

—¿Sabéis la novedad?—observó M. Godet.

—¿Os referis á la tentativa de asesinato del prefecto?—preguntó el notario.

—Justamente.

—Lo supe en Bourges al llegar anoche, pero como el matrimonio solo está aplazado por una circunstancia imprevista, creo de mi deber ponerlos al corriente de un asunto del mayor interés para la joven Blanca.

Ved de lo que se trata. M. de Montevrón, mi cliente, segun acabo de manifestar, ha legado, por razones que no he de investigar, toda su fortuna á Blanca Carol, que debía tomar posesión de ella al entrar en la mayoría de edad ó al contraer matrimonio. El testador no ha perjudicado á nadie por favorecer á esta joven, puesto que no tenía más que unos parientes lejanos, y estos han recibido importantes sumas por su orden.

—¿De modo—preguntó M. Godet—que el

pobre Montevrón dispuso las cosas como decís?

—Seguramente, y yo estoy encargado de su ejecución.

—Su fortuna era grande, por lo que yo recuerdo.

—Cerca de tres millones en inmuebles de primer orden. Poco capital, porque el conde gastaba mucho tren. Pero desde su muerte se han realizado economías obligadas, y la fortuna pasa hoy del doble.

M. Godet miró á la duquesa y á su amigo, los cuales comprendieron la significación de esta mirada, que quería decir: «He aquí el secreto del gran amor y del hipócrita desinterés de ese odioso Beroult».

Y dirigiéndose al notario, preguntó:

—¿Sabéis si el secreto de estas disposiciones del conde Huberto de Montevrón ha trascendido fuera de vuestro despacho?

—Desgraciadamente, sí—contestó monsieur Champier.

—¿Qué os induce á creerlo así?

—Tengo en los alrededores de París una casa de campo, rodeada de un parque muy extenso, y tenía la costumbre de guardar en ella los papeles y la correspondencia que quería sustraer á la curiosidad. En aquella casa tenía bastante personal de jardineros y de guardas para garantir la seguridad de estos papeles. Me engañaba al creerlo así, porque un día, sin que yo haya podido averiguar cómo ni por quién, el armario fué forzado, robados muchos papeles que yo creía que sólo tenían valor para mí, entre

ellos la correspondencia del conde de Montebrón.

—¿No os robaron dinero? — preguntó M. Godet.

—Ni dinero ni objetos preciosos, ni nada que tuviese valor intrínseco.

—Pues bien; yo puedo indicaros algo acerca de lo que sucedió entonces.

—¿Vos?

—Yo. El hombre herido esta noche en Bourges ha ocupado un puesto importante en la policía...

—¿M. de Serigné?

—Sí, M. Roland Beroult, llamado de Serigne... Este Beroult conoció, no sé cómo, á la pobre Blanca en el colegio...

—Adonde algunas veces fui yo á verla—añadió Champier:—al colegio Beringer...

—De odiosa memoria—concluyó el viejo.

—Este personaje no llevaba más fin que el de una especulación al casarse con Blanca: conocía el secreto que hoy venís á revelarnos.

—¡Me dais mucha luz!—murmuró el notario medio convencido.

Pedro de Meillant escuchaba sin hablar; pero su excelente memoria iba catalogando estos nuevos datos: apenas le faltaba uno para completar su colección, y ese sabía en dónde encontrarlo.

—Mi querido notario—continuó M. Godet,—nunca os agradeceremos bastante el paso que habéis dado, aunque al presente no se hayan realizado las condiciones impuestas por el conde de Montebrón. Blanca Ca-

rol no será mayor de edad hasta dentro de algunos meses; no se ha casado, y su matrimonio se ha aplazado indefinidamente, y si he de revelaros todo mi pensamiento, abrijo la esperanza de que no se realizará, dicho sea entre nosotros. Sin embargo, os agradeceremos que reveléis en nuestra presencia á esta pobre niña lo que nos habéis revelado, y de este modo conocerá los verdaderos sentimientos de su futuro, cuya pretendida generosidad ha sido, seguramente, su más eficaz medio de seducción.

M. Godet tocó un timbre, y al instante apareció la graciosa figura de Justina Sart.

—Decid á la señorita Blanca que tenga la bondad de bajar—ordenó el anciano.

La señora de Maillepré se había dejado caer sobre un sillón y ocultaba el rostro entre las manos.

Blanca entró pálida y abatida, trocadas sus galas de novia por un sencillo traje negro. Al ver al notario, pareció inquietarse y dió un paso atrás. M. Godet la llamó con un gesto paternal, diciéndole:

—No temas nada... acércate.

La joven obedeció; pero manteniéndose en actitud tímida, como una colegiala sorprendida en falta.

La noticia del atentado contra M. de Serigné fué para ella un golpe terrible, no porque el prefecto le inspirase uno de esos amores inextinguibles, sino porque tantas sacudidas eran demasiado para su organización débil y nerviosa, y además porque se